



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13085

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extrám-
gere: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 8 DE JULIO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

En son de protesta

Los presidentes de las socieda-
des obreras de Madrid se reunirán
hoy para ocuparse de un impor-
tante asunto.

Se trata de una huelga general
que se verificará el día 20 en toda
la nación, y que revestirá aspecto
de protesta contra la carestía de
los comestibles y clases directoras
que pudiendo ocuparse en reme-
diar aquella la han dado al olvido.

Realmente la protesta está muy
en su punto. Si se hiciera una vo-
tación plebiscitaria toda España
sería protestante; mas la forma de
exteriorizar el disgusto no es la
más apropiada, mejor dicho no es
eficaz de ningún modo.

¿Qué van á lograr los obreros
dejando el trabajo? Perder un jornal.
Quien crea que el resultado
ha de ser otro es un iluso.

Además, va ocurrir otra cosa: en
fuerza de estar los comestibles por
las nubes y de ser chicos los jornal-
eros—cuando hay donde ganarlos—no
es desahogada la vida del obrero;
y para éste la huelga, si-
quiera sea de un día, constituirá
un sensible sacrificio.

Si el acto se realiza habrá coac-
ciones. A trueque de que el alar-
de de fuerza sea mayor, los huel-
guistas se opondrán á que traba-
jen los que á bien lo tengan; resul-
tando de esto, que en asunto como
ese de las subsistencias en que to-
do el mundo está conforme, hay
disparidad de pareceres, cuando en
realidad lo que habrá es precisión
de ganar las dos pesetas.

Mejor que esa protesta viva se-
ría la protesta firmada. Aquella
quedará borrada en el momento
que los trabajadores entren en la
fábrica, el taller o la mina. La otra
sería permanente en tanto queda-
sen los pliegos firmados. Además,
á la huelga no podrán sumarse
cientos de miles de personas que

no van ni vienen ni gritan ni se
ostentan en manifestaciones; pero
que si se les pidiera sus nombres
firmarían, porque esas personas
sufren como el obrero, ó más que
el obrero, las tristes consecuencias
de que los comestibles tengan tan
alto precio.

No, no es la huelga general el
medio de concertar todas las vo-
luntades. Concertadas están; están
unánimes; pero ya veremos quan-
do llegue el día como no resulta la
unanimidad.

Como norma de conducta de una
clase u oficio para alcanzar una
mejora, la huelga es eficaz sino se
abusa de ella. Para protestar de
que la vida es cara no.

Ahora bien; si los trabajadores,
ó el partido socialista obrero que
parece llevar en este asunto la ba-
luta, toma de la protesta pretexto
para hacer un alarde de fuerzas,
ya es otro cantar; pero entonces la
huelga del día veinte tendrá sus ri-
beles políticos; quedando reducida
á una protesta de familia, en vez
de ser una protesta nacional.

CANTARES

Todas las tintas del iris
se han fundido en un color;
todas son negras, muy negras
¡Dios mío, que negras son!

De los caminos del mundo
voy recorriendo el más malo;
á cada paso tropiezo
y sino tropiezo caigo.

Con el fardo de las penas
marcho camino adelante;
las fuerzas me van faltando;
el fardo se hace más grande.

Haciéndole punta á un lápiz
me hice ayer una cortada
y al oprimirme la herida
en vez de sangre dió lágrimas.

Tengo un cansancio tan grande
que cuando me echo en la cama

por la noche, á reposar
digo: ¡Sno despertará!

R.

DEL CAMPO

Torcieron por la estrecha vereda, á cuyo
término amontonábase las casas de la aldea,
y se levantaron, con paso doctoral por el
bosque.

Marchaban muy despacio. Apoyaba su
cabeza la lugareña en el hombro del mozo,
y manejaba cariñosamente con las suyas la
mano que él había pasado tras de su ciur-
tura.

Iniciábanse en la lejanía del puente
un montón de nubes blancuecinas y el sol
asomaba por el confín de la planicie la mi-
tad de su cabecita de niño rubio. Con la bri-
sa de la tarde se distendían los perfumes de
la floresta. Los gratos murmullos del bos-
que acariciaban los oídos, despertando en
el alma aledaños melancólicos, como año-
rauzas mejores á como porvenir sombras
jocosas.

Por donde se habían internado fundían
los árboles su ramaje, doselando una especie
de alameda oculta, por cuyas penumbras
comenzaban á vagar sombras muy misterio-
sas.

De vez en vez una ráfaga de brisa hacía
coar las ramas, arrastrando consigo la hoja
seca.

Erraron largo tiempo los mancebos, hasta
que fueron á sentarse bajo un grupo de cas-
tanos, donde las hojas secas eran más
abundantes.

El estaba muy serio y ligeramente sepa-
rado de ella, que le miraba á hurtadillas,
sonriéndose de vez en cuando, como para
llamar con la suya la sonrisa de su compa-
ñero.

—Tú no me quieres, Naya; tú no me
quieres—dijo, por fin, el mozo taciturno...

Y ella, envolviéndole en la onda mag-
nética de su mirada y acariciándole con el
vaho de su aliento grato, le replicó que
juega:

—No, Lidio, no; si no podemos esperar
más, si tú lo sabes.

Y se miraron un momento, y al separar
la vista quedáronse los dos serios, como si
ella comprendiera lo grave y él lo justo de
la demanda.

Naya rompió el silencio:

—No podemos tardarlo más—dijo sollo-
zando.—Yo sé que tú eres bueno, yo sé que
me quieres, pero ahora...

Y como si se avergonzara de oírse á sí
misma, inclinó la garrida cabeza, y mur-
muró algo en el oído del mozo que la ocu-
chaba con atención estúpida, con la vista
fija en el dilatado laberinto de troncos, por
cuyos claros se filtraban las penumbrosas
claridades del crepúsculo, que iban reco-
rriendo gradualmente toda la gama del gris
indeciso.

—Yo no he cometido más delito que que-
rerle mucho. ¡Per nuestro hijo, Lidio, no
me abandones!

—No seas tonta—interrumpió el mozo
bruscamente.—Tú sabes que yo te quiero,
y sabes que por que podamos ser felices no
levanto la cabeza del trabajo, aventajando
en él hasta á las mismas beatas; yo no
quiero que tu nombre se diga en las mur-
muraciones de la plaza, no; yo quiero ca-
sarme contigo... pero ahora... ¿Qué haría
mos ahora?

La moza movió tristemente su cabeza de
lino.

—Esperemos dos meses, dos meses po-
dremos esperar, ¿verdad que sí? Vendrá en
ellos la época de la siega y el trigo llenará
nuestras trojes, yo trabajaré en la molienda
y como trabajaré mucho, la maquina será
abundante.

Y al decir esto, el mozo jaleaba como si
efectivamente acabase de realizar los traba-
jos enarmonados.

—¿Y nos casaremos?—dijo la moza; y
después como asaltada por una duda—¿Jú-
ramelo Lidio, por lo que más quieras en el
mundo!

Alzó él la cabeza varonil, fijó arriba su
mirada noble, y con ademán completamen-
te solemne, como quien va á jurar, dijo des-
pués de haber besado la cruz que formó con
dos dedos:

—Te lo juro... por el hijo por quien me
lo pides.

Y casi no terminó el juramento, pues
comprendiendo Naya su indiscreción, le in-
terrompió:

—¡No me lo jures, Lidio, si lo sé; no me
lo jures!

Y como avanzaba el crepúsculo se levan-
taron, y después de olvidar las pasadas
quejas, saturados por las venturas momen-
táneas, acariciándose, hablaron de mil co-
sas distintas.

El niño sería rubito como su madre.
«El le compraría uno de aquellos collaritos
de pipos que habían visto en la pobla-
ción.» Y así hablando, abanzaron lentamen-
te sostenidos el uno en el otro, tropezando
torpes en los terruños, acariciados por la

onda amable de la brisa, que jugueteaba
con sus besos; arrullados por blandos enau-
fios de trigo, idealismo de labriegos que en-
cuentran en las mieses la felicidad de toda
una vida.

Y llegaron á la vereda estrecha, á cuyo
término agrupábanse las casas de la aldea,
con las primeras sombras: allí se separaron
para no ser vistos; cuando ya estaban dis-
tantes algunos pasos, Naya articuló con voz
alterada.

—No olvides lo prometido, Lidio, que no
he cometido más falta que el mucho querer.
Si para la siega no nos casamos, tendré
que marcharme del pueblo.

Y el mozo no sintió remordimiento de
conciencia, ni arrepentimiento de malas ac-
ciones.

¿No se iba á casar con aquella mujer si
ese era solo su deseo, si la quería con toda
su alma!

Alguien que vino de allá, de la aldea,
me dijo que un pedrisco había destruido
la coechea, sembrando el exilio en la co-
marca.

Alfonso Hernández Catá.

La princesa de Conti Y EL SULTÁN DE MARRUECOS

Un capítulo novelado de la Historia Universal

En los actuales momentos en que la Re-
pública francesa tiene en litigio su acción
en Marruecos, es interesante recordar que
ya una vez, hace dos siglos, ha estado
Francia próxima á obtener este codiciado
predominio sin verter una gota de sangre.

En aquel entonces reinaba en Marruecos
un soberano romántico, como los de «Mil y
una noches».

Estaba en guerra constante con España
y con sus vecinos islamitas los beyes de
Argel y Túnez y por más que se retroce-
dia en hacer ahogar á cualquier miembro
de su familia, sospechoso de alta traición,
no por esto dejaba de ser sensible á los im-
pulsos del amor.

Pero por desgracia suya nunca lograba
tener completa fe en la fidelidad de sus
Zulietas y Fatimas, á pesar de las gruesas
paredes del harem, y un día preguntó á un
caballero francés, que por casualidad se en-
contraba en su corte, qué clase de precau-
ciones tomaban sus paisanos para asegurar
se de la fidelidad de sus mujeres.

teniente, ocurre que muchas veces buscáis el bulto á
las gentes por un motivo ó por otro, y lo más seguro
es no entrar con vos en conversación. Pero nada ten-
go que echarme en cara, podéis creerlo; y si queréis
registrarme...

El Tuerto se quedó estupefacto al verse tan bien
conocido y dijo con cierta amargura:

—Buena memoria tenéis, ciudadano.

—Sí, sí, mi memoria es bastante buena, y vos sois
de esas gentes á quienes no se puede olvidar. Ade-
más, hace mucho tiempo que os busco, ciudadano
Tuerto de Jony, y celebro esta ocasión de reanudar
mi conocimiento con vos.

No parecía recíproco este deseo por parte del Tuerto
de Jony, que hizo una triste mueca.

—Pero en fin, ciudadano oficial,—dijo procurando
mostrar alguna firmeza,—¿qué esperáis de mí? Nada
tiene que ver conmigo la justicia, y si queréis ver mi
pasaporte...

Y sacó de su bolsillo un papel grisiento que presen-
tó á Vasseur; éste echó una mirada indiferente sobre
el documento, que estaba en toda regla.

—Sí, sí,—murmuró,—ya sé que cierta clase de
gentes tienen siempre sus papeles perfectamente
arreglados...

Está muy bien,—añadió devolviendo al prisionero
su pasaporte,—pero entonces, ¿por qué habéis huido
al divisarnos de lejos?

—¡Diantre! Sin que esto sea ofenderos, ciudadano

La revancha de Vasseur

El Tuerto de Jony volvió de Guendreville, de Ha-
var al Rojo de Anneau las órdenes del Guapo Fran-
cisco, y se dirigía al cuartel general de la Muette,
cuando se dejó sorprender por los gendarmes.

En un principio conoció la esperanza de escapar
de sus manos merced á su agilidad y á la destreza